

-Son militares, no escritores al fin y al cabo, y sacarles de “Tormenta del Desierto” puede producirles apneas que afecten seriamente a su cerebro- fue la última reflexión de Zack acerca del nombre de nuestra misión: “Machos Calvos”.

Luego surgió el caos, no metafísicamente hablando claro. Fueron unos segundos, y si, todo transcurrió muy despacio. Varios soldados de la resistencia saltaron sobre nosotros, Zack se resistió y le hicieron un bonito agujero en la cabeza. Yo como nunca seguía las nuevas tendencias y creía que un agujero no me favorecería me deje inmovilizar. Entonces apareció Ella cerrándome los ojos de una manera muy sutil, de una patada.

Ella era el nombre corto de Engendro Leónido Letal Artificial, uno de los proyectos del gobierno de crear híbridos entre humanos y animales. Muchos de estos proyectos salieron defectuosos (¿Realmente creyeron que mitad hombre mitad esponja marina era una buena combinación?) y los pocos que resultaron buenos al tiempo desaparecieron. Aparte, Ella fue mi novia hasta que desapareció.

Y ahora me encontraba aquí, esposado en un furgón con dos guardias mirándome. Seguramente podría ahogar a uno con la cadena de las esposas mientras al otro le crujía la cabeza con mis suelas. ¿Pero para que? ¿Para enfrentarme al resto de guardias? Complicado, mucho, pero daba igual el furgón había parado.

Me sacaron bruscamente agarrándome del pelo y golpeándome, supuestamente sin querer, contra el techo del furgón. Estaba en una ciudad en ruinas, edificios que hacía unos meses albergaban oficinas reducidos a escombros; carreteras inundadas en capas y capas de polvo y un montón de soldados apostados. No es por querer ser pedante pero parecía haber salido a la escena final de “Pájaros” de Hitchcock, solo que en esta película los pájaros iban armados hasta los dientes (con una pequeña Colt molar fabricada en Israel hace años).

Entre toda esa multitud, Ella, mirándome triunfal al mismo tiempo que caminaba hacia mí.

-Lo siento, el trabajo es el trabajo- maulló.

-¿Donde estabas? Tanto tiempo buscándote ¿Acaso no te importaba?- respondí.

-Si, me importas- y me beso apasionadamente. En seguida un guardia la apartó golpeándola con la culata de su rifle. Pero Ella había conseguido su objetivo, pasarme una pastilla con sabor a limón que en seguida tragué.

Entonces y mientras seguían llevándome por las calles agrietadas y llenas de coches volcados mi percepción de las cosas cambió y una risa tonta comenzó a aflorar en mi rostro. Me ataron contra una farola mientras decía mis últimas palabras entre risas:

-Me gustan los pingüinos, mi abuela me los cocinaba- Groseros, mira que no contestarme.

Luego sonaron disparos y atravesaron mi cuerpo por distintos puntos. No dolió, y entonces lo supe: Me quería.

Mr X Otero